

**CHILE EN EL DRAE 2001.  
PRESENTACIÓN DEL DICCIONARIO DE LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,  
SANTIAGO, 22 DE ABRIL DE 2002.  
EN EL DÍA DEL IDIOMA**

**Alfredo Matus Olivier**

Academia Chilena de la Lengua

Aquí no hay misterios, sino manifestación. Claridad, sinceridad monda y lironda. Las cifras están a la vista. Cualquiera puede recorrerlas. Grandezas y miserias, aunque plenitudes preponderantes. ¡Cualquiera puede comprobarlo! Desde soleadas cumbres de la majestad idiomática, con sus ilustres, centenarias y ajustadas significaciones, ya casi intocables, hasta alimañas, garrapatas y sabandijas que se agazapan y corroen sus vericuetos. ¿Cómo evitarlo? El tiempo, que todo lo cura.

Aquí está este libro blanco. ¡Encender candelas! *Ecce liber candidus!*, dirían los latinos, aludiendo a ese delicado matiz del brillo. Blanco brillante. Desde la a, primera letra del abecedario español, hasta zuzón, la última palabra, broche vegetal, que designa a esa planta emoliente, de hojas jugosas y flores amarillas. ¡Cómo necesita de emolientes esta humanidad esclerosada, que sufre embotamiento! Entre la a y zuzón, los dos cabos, las dos antípodas, las mismas aldabas que desde el Diccionario de Autoridades están ahí, incommovibles, inaugurando y clausurando, como portales medievales. Entre la a y zuzón está ahí este vocabulario mayor, abrazándonos con su multitud de voces. Nos sumerge en ese océano verbal, patrimonio dinámico, en el que nos reconocemos. Sostenido reciamente por la Real Academia Española desde el siglo XVIII (¡caso único en la historia universal de las lenguas, con sus veintidós ediciones repartidas con equidad a lo largo de casi dos siglos y medio!) e insuflado, cada vez con mayor tenacidad, por las academias americanas, la norteamericana y la filipina, está ahí, en el centro

neurálgico de nuestros modos de ejercer la humanidad, corazón latente y latiente. Ahí están nuestros modos esenciales, estabilizados, de intuir el mundo, de segmentarlo, de ponernos de acuerdo con nuestra historia común, de denominarla, *onomázein* primordial. Nos estrecha con sus voces, nos envuelve, nos recubre, estamos inmersos en sus formas marítimas, granero del idioma, en el decir de Pablo. Pura disposición, todo disponibilidad, vocación de servicio en sus columnas recopilada.

Entre la **a** y **zuzón**, esos hitos terminales, se produce el movimiento. Crece y decrece, como la fortuna, *sicut luna, quam variabilis!* Como nuestras formas de ser y de sentir y de anhelar. Mucho se insiste en el crecer de estos caudales, tal vez demasiado. Ahí están las cantidades. Podemos cotejarlas, hay documentación suficiente, cuadros estadísticos, incluso en exceso, sobre los aspectos cuantitativos de este repertorio: 88.431 artículos, 190.581 acepciones, 18.749 con una o más marcas de América o Filipinas, 35.685 remisiones. “Se ha incrementado significativamente el número de voces y acepciones”, leemos en el folleto editorial de presentación. Además, agrega: “Se han enmendado en mayor o menor medida dos tercios de los artículos”, “Se ha más que duplicado el número de americanismos”, “Se incluyen por primera vez: notas de información morfológica, especialmente referidas a conjugación de verbos irregulares, notas de información ortográfica, extranjerismos en cursiva”, “Se duplica el número de envíos, cuya finalidad es guiar al usuario en la localización de la palabra buscada”. ¡Bien! ¡Muy bien! Todo está incluso excelente. Hay que hacerse de él. ¡Qué duda cabe!

Reconozco, no obstante, que no me sorprenden tanto las enumeraciones, el incremento cuantificable. Todo diccionario emergente es siempre susceptible de rigurosa crítica. No bastan los alardes aritméticos. Hay una sustancial precariedad en toda obra lexicográfica, que siempre resulta insuficiente, que nunca llega, que no alcanza o se excede, que rodea y no cala, que recurrentemente se ve sobrepasada. ¡Condición intrínseca, precariedad consustancial de la lexicografía! Bien lo decía, en 1750, Juan de Iriarte, el notable latinista canario, en su discurso *Sobre la imperfección de los diccionarios*: “Siempre que considero, Exmo. Señor, por una parte la suma importancia de los Diccionarios, y por otra el atraso en que se hallan, aun después de tanto como se ha trabajado en su perfección, no puedo menos de estrañar la lentitud de sus progresos, y lamentablemente de las desgracias de las lenguas, que ni por antiguas, ni por modernas, ni por muertas, ni por vivas han podido lograr hasta ahora un Diccionario completo: como si fuese destino o fatal propiedad suya el necesitarse

de más siglos para la colección de sus vocablos, que para la formación de ellas mismas”.

Y es que parece que tal precariedad resulta incorregible. Y es que el uso es tan enorme, tan rico y multifacético, tan dinámico y variable, tan endemoniadamente complejo que no se deja reducir a los rigores del código. Por mucho que éste se ensanche y acreciente, no estamos nunca en tiempo de pleamar. Por eso no me impresionan tanto los aumentos estadísticos ni las cifras en inflación. Como la fortuna, crece y decrece, con sus triunfos y plenitudes, con sus errores y quebrantos. Pero está ahí. Lo importante no es que crezca o que decrezca, lo señero es que *refleje*, que proyecte, que ilumine los vaivenes de nuestras cosas cotidianas, de nuestros sentires, de nuestras aspiraciones acendradas. Y lo tenemos ahí, incrustado en lo más espinal de nuestro ser histórico, inevitable. “...son libros tan obvios –ha escrito Luis Fernando Lara–, tan esperados en la biblioteca doméstica, que parecen muebles: como el teléfono o como un aparato de radio. Se utilizan por pocos instantes. Rara vez se ve una persona absorbida en una larga lectura de sus textos. Más bien se los acerca con premura, para consultar una duda y seguir leyendo otro libro, o seguir escribiendo otro texto. Pero están allí. Tan necesarios y tan disponibles como el teléfono o el radio”.

En cuanto a mí, reconozco que me ensimisman. Me pierdo en sus galerías y recovecos. Con esta vigésima segunda edición, incluso quedo absorto. No por los números, con todo lo abismantes que resulten sus datos estadísticos. ¡Y hay que barajarlos! Me sorprenden más bien sus acaeceres interiores. El mejoramiento semántico de sus definiciones, ese sema caprichoso que no lograba perfilarse, ese contorno, que ahora se demarca con estrictez. Aprecio el fino tratamiento en la exploración de la polisemia, el progresivo ajuste y enriquecimiento de las marcas, la más cabal distribución geográfica y estilística de las lexías, las cada vez mejores categorización sistémica y precisión etimológica, el rigor –en fin–, la consistencia interna de sus criterios, la representabilidad de esa enorme variación interna de una lengua universal que ya quiere exceder los cuatrocientos millones de hablantes. Aunque no es vocabulario histórico, manifiesta con fidelidad los movimientos profundos de la gran comunidad, con sus dilatamientos del alma y también sus sístoles.

Y Chile, ¿cómo está, si es que está, en este repertorio? Según los datos fríos, en la edición de 1992 había 1470 palabras señaladas con la marca de Chile; ahora, en la del 2001 ocurren 1883. En 413 términos se ha engrandecido el patrimonio académico de este apartado rincón. No parece demasiado, pero ¡cuidado! Que eso es espejismo. La Academia Chilena de la Lengua, después de ceñido y prolon-

gado examen, aconsejó la supresión de muchos términos que en la edición de 1992 figuraban con la etiqueta nacional y que ya nadie, o muy pocos, conocían; lexemas como *amparanza*, *chaño*, *rotuno*, *vilote*, *yol*, son testimonio fehaciente de obsolescencia y mortandad léxicas (cuando no se trata de meros gazapos). Por eso tal guarismo de 413 unidades resulta engañoso. Más de un millar de lexemas univerbales envió nuestra Corporación para ser incluidas en el Diccionario mayor, y lo hizo con responsabilidad, tras detenido y acucioso estudio. ¡Que en materia del idioma no es cuestión de despachar vocablos como a quien *encarga petites bouchées* por cientos! ¡Qué “chilenismo” más afrancesado!

Y así, a las cuantiosas *supresiones*, siguieron las todavía más numerosas *adiciones*. Voces de tanto uso entre nosotros, y sin demarcación social ni estilística, pero con la marca exclusiva de Chile, como: *abuенarse*, *abutagar*, *aculatar*, *afuerino*, *alacalufe*, *amasandería*, *amurrarse*, *arsenalero*, *aseador*, *asísmico*, *ayudista*, *banquetero*, *bencinero*, *berlín*, *caluga*, *carambolearse*, *carraspiendo*, *cesteril*, *chancacazo*, *chiporro*, *choclillo*, *chono*, *chute*, *colemoно*, *costurear*, *cultrún*, *desaduanaje*, *desarmaduría*, *disquero*, *encucullarse*, *flectar*, *fonola*, *guaripola*, *huilliche*, *inquilinaje*, *insectario*, *juguera*, *lotear*, *manicero*, *matonesco*, *micrero*, *moai*, *padrinaje*, *pedalero*, *pipeño*, *pisadera*, *polera*, *posero*, *postón*, *quiebre*, *regionalización*, *sepultación*, *tapapecho*, *tapilla*, *tincada*, *toperol*, *trapicarse*, *yerbería*. Junto a ellas, formas, también nuestras, marcadas por su informalidad o coloquialidad: *achoclonarse*, *amorosiento*, *apitutar*, *apurete*, *arreglín*, *asquiento*, *billullo*, *busquilla*, *cacharriento*, *cacheteo*, *cachureo*, *cantinflero*, *caperuzo*, *carrilero*, *cartuchón*, *cebollento*, *chamullento*, *chicoco*, *chuchoqueo*, *chuñusco*, *clotear*, *cocoroco*, *cogotear*, *condoro*, *copuchar*, *cototo*, *cufifo*, *descueve*, *empiluchar*, *engorilarse*, *fiestoca*, *fome*, *frescolín*, *grupiento*, *guachaca*, *guailón*, *guarisnaqui*, *impeque*, *justeque*, *lesera*, *listoco*, *lolear*, *lorear*, *majamama*, *maluenda*, *mentolato*, *metete*, *paletearse*, *patagüino*, *patipelado*, *patudez*, *pelusear*, *penquearse*, *picantería*, *pichintún*, *piñarse*, *piltriento*, *piñén*, *piñufla*, *pitutear*, *pulento*, *punga*, *sapear*, *sebiento*, *tambembe*, *tete*, *tintolio*, *traguilla*, *vitriear*, etc.

Interesantes, las voces que Chile, según el Diccionario, comparte con otras regiones hispanoamericanas. Por ejemplo, con Uruguay: *alargue*, *bajonear*, *conventillear*, *conventillero*, *crumiro*, *engrupir*, *lustramuebles*, *rancherío*, *rayarse*, o con Argentina: *bajoneo*, *candidatear*, *chascudo*, *estadista*, *exitismo*, *hielero*, *osobuco*, *pelela*, *viñatero*, o con gran parte de Hispanoamérica: *apertrechar*, *ausentismo*, *brilloso*, *concientizar*, *golpiza*, *video* y muchas más. Y, por cierto, gran cantidad de palabras, enviadas por la Academia Chilena,

presumiblemente panhispánicas, que todavía no estaban recogidas en la edición de 1992: *antidrogas, arribismo, atacante, autoadhesivo, baterista, boite, boom, camping, celulitis, cibernauta, dactilografar, decepcionante, delictual, dinamizar, economicista, ecoturismo, escanear, estatus, etario, fan, financista, focalizar, gagá, gaseoducto, holístico, ingesta, iniciático, insinuante, intimidatorio, kilometraje, liguilla, living, lumpen, mansarda, mentalismo, minimalista, morgue, narco, neonato, nutricionista, optimización, paisajismo, panelista, panty, politización, posgrado, priorizar, radiotaxi, sismólogo, sobrepeso, suertudo, teleserie, vedette, vehicular, virutilla, web, zigzagueante.*

Y no me refiero a las *enmiendas*, cuyo solo análisis –indudablemente, ilustrativo– nos consumiría lo poco o mucho que del reloj nos quede. Ni menos a las *ausencias*, lo que no está, o lo que no está todavía. Lo que no está en un diccionario siempre es abisal, y tiene que ser así, por naturaleza, por índole, por precariedad de nuestra “impedimenta”. Pero sí, lo que se echa en falta –y es déficit de toda la lexicografía hispánica– es ese léxico de nuestra cotidianidad más próxima. Sólo dos muestras: los campos temáticos de la repostería y de los objetos que sirven para escribir. A los chilenos *torta, queque, pastel, kuchen*, corresponden, aunque en otra organización lexemática, los argentinos *torta, tarta, masita, tartaleta*, los panameños *keik, bizcocho, pie*, los nicaragüenses *queque, pudín, dulce, pastel*, los peruanos *queque, bocadito, pie*, los uruguayos *torta, tarta, masa*, los salvadoreños *queique, pastel, boquitas, bocas*, los ecuatorianos *pastel, pie, bocadito*. A nuestros *lapicera, lápiz de pasta y de mina, plumón*, se enfrentan, también en diversa estructuración léxico-semántica, los costarriqueños *lapicero, plumilla, marcador, pailot*, los argentinos *birome, lápiz automático, pluma, fibrón*, los panameños *bolígrafo, pluma fuente, lapicero*, los nicaragüenses *lapicero, lápiz mecánico, pluma*, los salvadoreños *pluma, lápiz, pillow*, los ecuatorianos *esferográfico, estilográfica, portaminas, tiza líquida*.

Pero no se lo exijamos a un diccionario tendencialmente general como el de la Real Academia Española. Ni la globalización podrá con nuestros usos más próximos, lo más particular de nuestras habitualidades. Esto es de suyo complejo... y solo he nombrado dos de los múltiples campos de la cotidianidad que nos envuelve. Tal vez, la mejor forma de dar cuenta realista de todos estos empleos sea al través de su asedio desde la otra orilla, la onomasiológica. Mucho avanzaría nuestra lexicografía con la constitución de un diccionario onomasiológico diferencial hispánico: desde el significado a los vocablos. Nada semejante existe por ahora.

No hace mucho presentábamos la Ortografía Española en la Casa de Bello. En este momento, lo hacemos con el Diccionario Oficial. Ayer, con D. Víctor García de la Concha, Director de la Real Academia. Hoy, con D. Humberto López Morales, Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua Española, y D. José Antonio Pascual, profesor como el Brocense *in inclyta Salmanticensi Academia*, representante de la ilustre casa madrileña. ¡Vayan para ellos nuestra adhesión y gratitud! Otrora y ahora descendimos, en peregrinación, en viaje mítico y de reencuentro, a Isla Negra. Antaño y hogaño, convencidos del valor que representan estos códigos del idioma. En conjunción con las voces de los grandes creadores, Neruda, Cela, Rulfo, Borges, Poniatovska, instituyen un sentido. Este elenco léxico contribuye a preservar y a henchir la concordia, que es consenso y consonancia, vocación y talante de unidad. “Unir por la palabra” dice el lema de la Academia Chilena. Sin arrasar con la poderosa diversidad de nuestros pueblos, sino asumiéndola con respeto, el repertorio blanco que ahora presentamos otorga cohesión a esta vasta porción de humanidad, repartida por los cuatro costados de la tierra. Desde los confines asiáticos de las Islas Filipinas hasta la dispersión de la nueva diáspora sefardita. Desde Guinea Ecuatorial, que reclama con justicia su academia, hasta la ancestral Hispania antigua, entrañable y visceral, que es lo mismo, hasta nuestra novísima y troncal Hispanoamérica. Este es el sentido: unidad en la diversidad, cauce para el ejercicio de nuestras libertades. “El “sentido” de una cosa –ha escrito Ortega– es la forma suprema de su coexistencia con las demás, es su dimensión de profundidad. No, no me basta con tener la materialidad de una cosa, necesito, además, conocer el “sentido” que tiene, es decir, la sombra mística que sobre ella vierte el resto del universo”. ¿Para qué otra cosa –digo yo– puede servir una lengua? ¿Para qué si no, en esta hora de disgregaciones, para qué si no, este flamante diccionario?